

en mano contra su rival que lucha por salir de las aguas del río en donde se halla metido hasta medio cuerpo su arrogante corcel. Una masa de combatientes enfurecidos rodea al caudillo cristiano, formando grupos interesantísimos y presentando escenas desgarradoras. Rafael hizo el dibujo de este cuadro y acabó dos figuras, una de la Justicia y otra de la Clemencia, que adornan el marco; lo demás fué obra exclusiva de Julio Romano, quien supo completar hábilmente el grandioso pensamiento de su eminente maestro.

El mismo Julio Romano pintó el cuadro de la Aparición de la Cruz á Constantino en los momentos en que arengaba á su ejército antes de comenzar la batalla.

Es interesante el fresco que representa á Constantino recibiendo el Bautismo de manos del Papa San Silvestre; lo pintó otro discípulo de Rafael, Francisco Penni llamado el *Fattore*.

En la cuarta pared está representado el acto solemne de la donación de Roma, hecha por Constantino al mismo Pontífice San Silvestre. Este fresco fué pintado por Rafael *del Colle*, también discípulo del de Urbino, conforme al dibujo de maestro.

Julio Romano hizo los ocho retratos de Pontífices que se hallan colocados arriba de los grandes frescos. Las pinturas de la bóveda son obra muy posterior, ejecutada en tiempo de Gregorio XII. Pío IX completó la magnificencia de esta Sala mandando cubrir el pavimento con el gran mosaico descubierta en 1854 cerca de la *Scala Santa*.

La segunda de las cámaras es llamada de Heliodoro. El fresco principal representa el pasaje de Heliodoro, prefecto de Seleuco Filopator, rey de Siria, enviado por su soberano para saquear el templo de Salomón. Interesantísima es la escena que forma el asunto del cuadro. En los momentos de ir á cometer el sacrilegio es arrojado Heliodoro del templo por un caballero y dos ángeles armados que mandó Dios, movido por las oraciones del gran sacerdote Onías. El dibujo de este fresco es de Rafael, quien pintó el grupo lleno de vida y de asombrosa energía; el otro en que se ven muchas

mujeres fué pintado por Pedro de Cremona y lo restante pertenece á Julio Romano.

Frente á este cuadro se halla otro no menos interesante. El Papa San León I saliendo al encuentro de Atila, rey de los hunos, á las puertas de Roma, le hace retroceder llenándole de terror á la vista de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo que aparecen por los aires, armados con espadas.

Otro cuadro representa el Milagro acaecido en Bolsena. Un sacerdote que dudaba de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, al punto de consagrar vió que el corporal se manchaba con sangre. El pintor hizo pasar esta escena delante de Julio II y de otros personajes contemporáneos que asisten á la Misa. Rafael pintó este fresco, en el cual se hace notar la fuerza de un colorido maravilloso.

Un cuarto fresco de magnífico efecto completa la decoración de las paredes en esta sala. San Pedro en la prisión se ve libre de sus cadenas por la intervenció de un ángel que lo pone en libertad. Es la obra más singular del pintor de Urbino, y no puede mirarse sin asombro. Su gran mérito se hace consistir principalmente en los admirables efectos de cuatro diferentes luces; la del ángel que se halla dentro de la prisión, la del que se ve afuera, la de la luna, y la de una antorcha que tiene en la mano un soldado y se refleja de una manera extraordinaria sobre sus armas. La bóveda de esta sala fué pintada de claro-oscuro por el mismo Rafael. Unas hermosas cariátides que se admiran en el sub-basamento de los cuadros, obra son de Polidoro de Caravaggio.

La tercera cámara puede decirse que reasume todo el genio prodigioso de Rafael. Las cuatro pinturas que decoran sus paredes representan las diversas fases del desarrollo de su inteligencia, única en el arte. El primer fresco que pintó, y es el de la pared del fondo, arriba de una ventana, representa á la Jurisprudencia, simbolizada por tres virtudes que acompañan á la Justicia, es á saber, la Prudencia, la Templanza y la Fuerza. A los lados de la ventana se ven dos rasgos históricos; en el de la derecha, Justiniano entrega el Digesto á Triboniano, y en el otro, el Papa Gregorio IX es-

tá dando las Decretales á un abogado consistorial. Esta pintura pertenece á lo que llaman los conocedores la *primera manera* de Rafael. Menos correcto el dibujo y menos fino el pincel que en los otros cuadros, nótase, sin embargo, la gracia y la sencillez que caracterizaban el genio del artista.

El segundo fresco, el de la Disputa sobre el Santísimo Sacramento, es de la *segunda manera* de Rafael. Allí se ve unido el sentimiento religioso y la concepción mística, á lo animado de la composición y á la ciencia del dibujo. En la escuela mística es lo más bello que se ha imaginado y ejecutado. En medio del cuadro se ve la Sagrada Hostia dentro de un sol como los que nosotros llamamos *custodia*. En los aires aparece la Trinidad Augusta con la Santísima Virgen y San Juan Bautista. A los lados del altar en que se halla la Eucaristía, están los cuatro doctores de la Iglesia Latina, con otros santos del Antiguo y Nuevo Testamento, que disputan sobre el misterio.

Frente á este cuadro está el llamado la Escuela de Atenas ó de los antiguos filósofos. Es la obra maestra de la *tercera manera* de Rafael. El dibujo, la composición y la vida, hacen admirable esta pintura. El lugar de la escena es un bello pórtico de magnífica arquitectura; en el centro y en sitio elevado, se hallan Platón y Aristóteles, á quienes se reconoce por su actitud grave y majestuosa. Del lado derecho, entre otras figuras, se ve á Sócrates, que habla con Alcibíades; Diógenes se halla recostado sobre una grada con un libro en la mano; más abajo está Pitágoras, escribiendo, rodeado de sus discípulos. Otros muchos personajes ocupan la escena, y en ellos se ven retratados algunos de los grandes hombres de la época de Rafael; allí están el Bramante, célebre arquitecto; el duque de Urbino; el de Mantua; el pintor Perugino, y el mismo Rafael. Cincuenta y dos figuras encierra el magnífico cuadro que Miguel Angel calificó de "la más bella pintura del mundo."

El cuarto fresco de la sala representa el Parnaso, en donde se ven las nueve Musas, y en medio de ellas, Apolo. En la parte inferior del cuadro se hallan muchos poetas antiguos

y modernos: Homero, Safo, Horacio, Virgilio, Ovidio, Essio, Propercio, Dante, Bocacio y Sanazar.

La bóveda de la cámara, pintada también por Rafael, está dividida en nueve cuadros, rodeados de una ornamentación de claro-oscuro sobre fondo de oro. En el cuadro del centro, un grupo de preciosos ángeles, sostiene las armas de la Iglesia. En los cuatro cuadros principales, la Filosofía, la Justicia, la Teología y la Poesía, están representadas en bellas figuras de mujeres. En los otros cuatro se ven la Fortuna, el Juicio de Salomón, Adán y Eva tentados por la serpiente, y Marsias muerto por Apolo.

La cuarta cámara, como las anteriores, tiene cubiertas sus paredes con cuatro frescos. El principal y el más celebrado es el Incendio del Borgo, que tuvo lugar en 847, en tiempo de San León IV. Se cree que Rafael en esta pintura fué inspirado por la descripción poética que hizo Virgilio del incendio de Troya, representando, entre varios episodios, un grupo de figuras que pueden tomarse por Eneas que lleva sobre sus espaldas á Anchises, seguido de Creusa, su mujer.

Otro cuadro representa la Justificación de León III. El Papa se halla delante de Carlomagno, rodeado de Cardenales y Obispos, prestando solemne juramento contra las calumnias de que había sido víctima.

El tercer cuadro contiene la victoria que San León IV obtuvo contra los Sarracenos, en Ostia.

En el último está la Coronación de Carlomagno, por San León III, en la Basílica de San Pedro.

La bóveda de esta cámara es la que pintó Perugino, y no quiso Rafael que fuese borrada.

De esta última cámara se pasa á la espléndida sala de la Concepción, que Pío IX hizo decorar para recuerdo perpetuo de la definición del Dogma de la Concepción Inmaculada, disponiendo que los frescos de las paredes representasen los principales hechos de esta solemne declaración. Esta grandiosa obra fué confiada á Francisco Podesti, quien hizo los dibujos para toda la ornamentación, y dirigió los trabajos.

El primero de los cuadros al fresco que cubre una de las

paredes, representa el Concilio ecuménico convocado por el Pontífice, para deliberar acerca de la declaración del dogma. Es un cuadro de grandes dimensiones, en que se ven numerosos grupos de Cardenales, Arzobispos, Obispos y prelados de Ordenes religiosas.

En el segundo, el Santo Padre hace la solemne declaración en la Basílica de San Pedro. De pie, en la tribuna de la iglesia, rodeado de un inmenso cortejo de altos dignatarios, Pío IX proclama la definición del dogma. Más de 150 figuras son visibles en el cortejo, y la mayor parte retratan á los personajes que concurrieron al acto.

En el tercer cuadro, el Pontífice, arrodillado delante de la imagen de la Virgen Inmaculada, está incensándola. Un numeroso cortejo de Cardenales, revestidos con ornamentos sagrados, y de otras dignidades eclesiásticas, así como funcionarios del orden civil, asiste á la ceremonia.

Otro fresco pintado en medio de dos ventanas, representa el triunfo de la Iglesia, en la parte superior, acogiendo á todas las naciones del globo. En la parte inferior están las sibilas que predijeron el nacimiento de la Inmaculada Virgen. A los lados de las ventanas se ven grupos de ángeles llevando las insignias pontificias y las cuatro virtudes cardinales.

En la bóveda, que se halla decorada con ricos y elegantes estucos dorados, están representadas la Fe, la Doctrina, Judith, Esther, un episodio del Diluvio Universal, y la muerte de Sízara. En el centro de la bóveda están las armas de Pío IX.

En el zócalo de donde arranca la bóveda, están los bustos de los doce Apóstoles, de claro-oscuro; la Natividad de la Santísima Virgen; el Concilio que hizo la declaración, y la distribución de medallas conmemorativas, hecha por el Pontífice. El pavimento de la sala es un precioso mosaico, descubierto en las excavaciones de Ostia, y las puertas y ventanas son de nogal, muy notables por la magnífica talla que las embellece.

De la sala que á grandes rasgos hemos descrito, se baja al primer piso de las Logias, en donde se ve la entrada á la Sala

Ducal adornada con preciosos estucos y hermosos paisajes. De esta sigue la Sala Regia, magnífica estancia en cuya construcción y decoración intervinieron grandes artistas, como Sangallo, Perín del Vaga, Daniel de Volterra, Vasari, Zuccari, Salviati y otros varios. No nos detendremos en describir estas salas, porque ya tardamos demasiado en llegar á la Capilla Sixtina, á la cual queremos introducir al lector, no con el espíritu de piedad con que le invitamos á que nos acompañara el memorable 13 de Mayo en que asistimos á la Misa Papal, sino con el objeto exclusivo de ver, de contemplar y de hacer un estudio de las maravillas de arte que revisten la bóveda y las paredes de la célebre Capilla.

Ya hemos dicho antes que Sixto IV la hizo construir; ahora diremos que Alejandro Filippi, ó sea Botticelli fué encargado de las pinturas y ejecutó algunos frescos en las paredes laterales. Miguel Angel Buonaroti fué el autor de la decoración de la bóveda y de la pared del fondo. Julio II encomendó al artista la gigantesca obra que fué ejecutada, la de la bóveda en el corto espacio de 22 meses y la de la pared en mucho mayor tiempo, que se hace llegar hasta ocho años. Sea de esto lo que fuere, la Capilla Sixtina encierra la más grandiosa manifestación de las singulares aptitudes y del colosal talento de ese gran artista cuya reputación será eterna, cuyo nombre conservará la historia aun después de que sus admirables obras desaparezcan por la acción destructora del tiempo.

Divididos andan los críticos sobre cuál de las dos obras de Miguel Angel en la Sixtina, merece el primer lugar, es á saber la bóveda ó el fresco de la pared. Nosotros, profanos en el arte, no nos atreveríamos á inclinarnos á una ú otra opinión. Sin embargo, inspirados por nuestros propios sentimientos, y movidos por las impresiones que recibíáramos al estar contemplando esas obras, nos permitiremos aconsejar al lector que dé la preferencia á la bóveda. Como la entrada para los visitantes se halla por la puerta del presbiterio, atravesaremos por toda la longitud de la Capilla hasta colocarnos en el cen-

tro de la puerta principal, que veremos cerrada, y vuelta la espalda á dicha puerta levantaremos nuestros ojos hacia la bóveda. ¡Qué cuadro tan sorprendente! ¡Qué maravilloso espectáculo se ofrece á nuestra vista! Dividida la espléndida techumbre por su magnífica ornamentación en veintiuna secciones, que forman otros tantos cuadros de diversos tamaños aunque rigurosamente simétricos; al abarcar el conjunto se cree ver expresado un solo pensamiento. Diferentes los asuntos, se hallan relacionados entre sí con admirable concierto; presentándose á nuestra vista como un gran álbum en que se ha reproducido el Antiguo Testamento en expresivas figuras que ofrecen de bulto los pasajes que se relacionan con la caída del hombre y su Redención. Los grandes episodios de la Creación del mundo y la del hombre; el Sacrificio de Noé, El Diluvio, y la Embriaguez de Noé son los principales asuntos que se hallan en los grandes cuadros centrales de la bóveda. Los Profetas y las Sibilas, que predijeron la Redención, circundan esta serie de cuadros, que completan el poema bíblico que se propuso desarrollar el artista. Detengámonos en los detalles.

La colosal figura de atléticas formas que parece estar sosteniendo una de las claves principales de la bóveda, es la de Jonás; asombrosa pintura en la cual sin hipérbole diremos que cuesta trabajo no tomarla por una soberbia cariatide: tal es la perfección del relieve; tanto así se desprende la figura del cuadro. Comienzan en seguida las grandes secciones de la ornamentación. En la primera se ve la separación de la luz y las tinieblas, según el lenguaje del Génesis. Nada hay en la pintura antigua ni en la moderna más noble, más majestuoso, más bello que esa figura del Padre Eterno imaginada y ejecutada por Miguel Angel. Un Ser ideal en forma humana; pero que no es hombre aunque se nos asemeja: un anciano de blondos cabellos grises y larga barba, que sin embargo no es viejo, ni parece joven, revela en el semblante la inmutabilidad de su ser y la eternidad de su existencia. A su palabra poderosa desaparece el caos y se separa

la luz de las tinieblas. En el siguiente cuadro está obrándose la creación del Sol, de la Luna, de la yerba y de las plantas. En el tercero el Espíritu divino se mueve sobre las aguas, como dice el Génesis. En el cuarto el Criador está animando la figura del hombre que ha formado con sus manos. En el quinto, que es acaso el más bello, ese majestuoso Ser, de pie, cubierto con un manto inmenso, levanta su brazo derecho en la dirección en que la mujer, fresca, hermosa, llena de gracia y penetrada de religioso sentimiento sale de las costillas de Adán, y juntas sus manos, como que se inclina adorando al que la acaba de formar de la sustancia del hombre. El cuadro que sigue contiene dos escenas representadas con una propiedad que sorprende: en la primera la serpiente ofrece á la mujer el fruto prohibido; en la segunda han comido nuestros desgraciados padres aquel fruto y son arrojados del Paraíso. En este cuadro el artista prescindió de ese colorido que los inteligentes califican de salvaje y lo empleó suave y encantador. Sublime es el cuadro del sacrificio de Noé; el artista supo estudiar profundamente á los personajes bíblicos y llegó á representarlos como los dan á conocer los sagrados libros. El asunto del Diluvio está expresado con una espantosa naturalidad; las escenas que ofrece á la vista son verdaderamente desgarradoras. El cuadro de la embriaguez de Noé traduce admirablemente el episodio bíblico y lo expresa con la sencillez y rudeza del escritor primitivo.

Las figuras de los Profetas y las Sibilas son admirables en el dibujo y en la expresión. Hay un Daniel que no puede concebirse más inteligente, más reflexivo, ni más bello: un Jeremías en quien se ve retratada la aflicción y la tristeza en el semblante y en la actitud, de una manera tan bien acentuada que comunica al espectador aquellos sentimientos; un Ezequiel que verdaderamente habla, y como que espera uno escuchar de sus labios sus inspiradas predicciones. Entre las Sibilas, la de Eritra es hermosa como una estatua griega é imponente como una divinidad egipcia; la de Delfos es una feroz inteligencia que manda, la de Cumas parece confundirse entre indescifrables enigmas.....